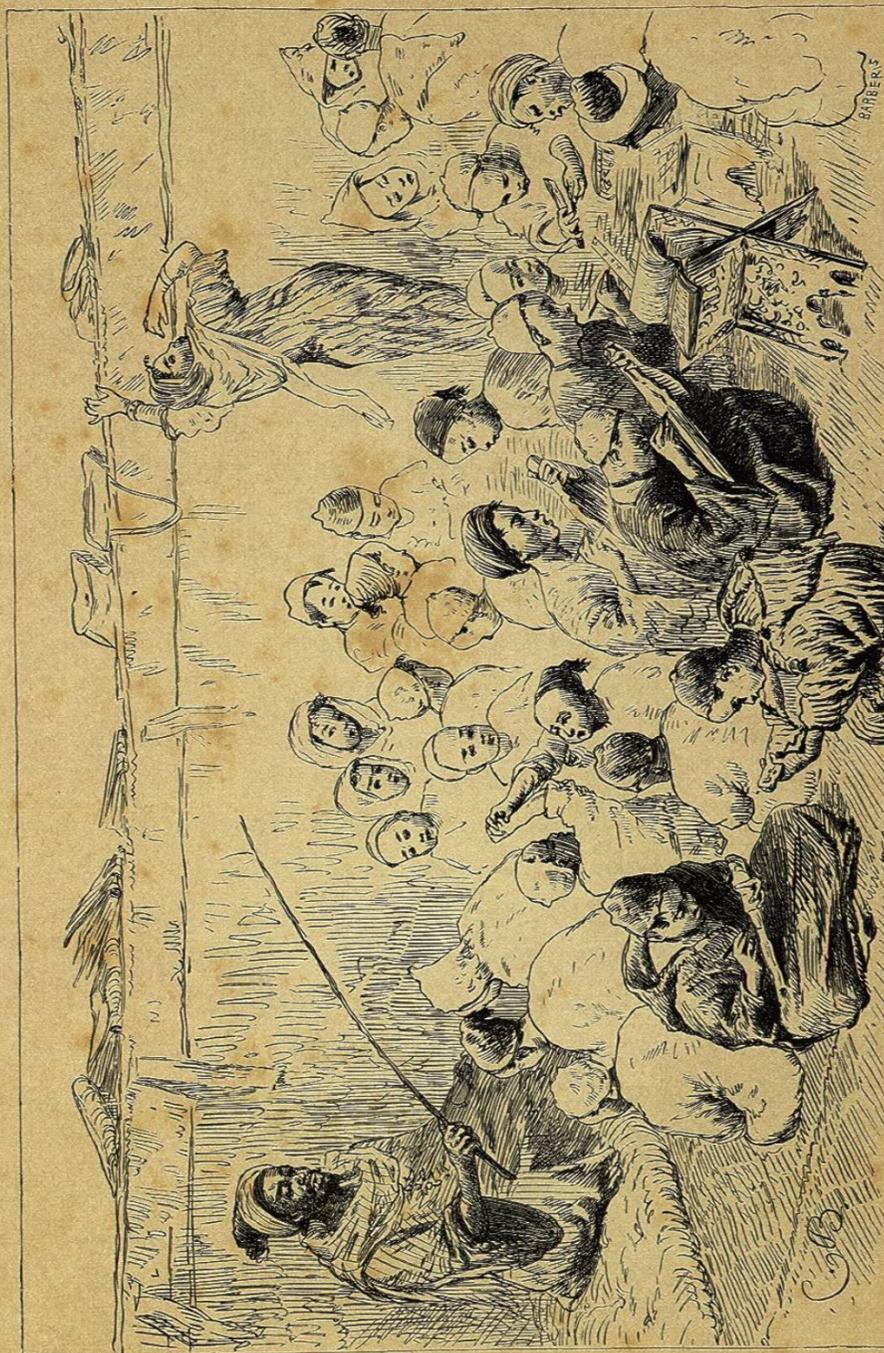


muchachos concurren á dicha escuela, á repetir centenares de miles de veces los versículos del Corán, que cuando saben de coro, escriben sobre una tabla de madera. La mayor parte, á fin de ayudar á sus padres en las labores del campo, abandonan la escuela antes de haber conseguido leer correctamente, con lo cual olvidan al poco tiempo cuanto han aprendido. Los contados que tienen vocación y medios para estudiar, continúan en la escuela hasta los veinte años, en cuyo tiempo se trasladan á una ciudad para completar sus estudios y alcanzar la ciencia indispensable para ser *taleb*, es decir, escribano ó notario, lo cual equivale á sacerdote, pues entre los mahometanos es una misma cosa y se concede idéntica importancia á la ley religiosa que á la civil.

La vida que se lleva en los aduares es por todo extremo sencillísima. Levántanse todos con el día, rezan sus oraciones, ordeñan las vacas, hacen la manteca y beben la leche agria que resta. Para beber echan mano de cáscaras de frutas, y de conchas de mariscos que compran en las ciudades y pueblos de la costa. Después de esto los hombres se van á trabajar al campo, del cual regresan al caer el día. En cuanto á las mujeres, van por agua, á buscar leña, muelen el grano, tejen las burdas telas de que se visten sus maridos y ellas mismas labran cuerdas para las tiendas con las hojas de palmito, llevan la comida al marido, y preparan el alcuzcuz para la noche. El alcuzcuz se mezcla con habas, calabacín, cebolla y otras legumbres y hortalizas; algunas veces azucarado, amasado con miel ó cocido con caldo; y en los días de fiesta ó regocijo, acompañado con aditamento de carne. En cuanto regresan los hombres del campo cenan, y por punto general se acuestan con el sol. Á veces, sobre todo en tiempo de invierno, después de cenar, los más ancianos refieren alguna



Escuela

historia, rodeados por una multitud de parientes. Durante la noche el aduar permanece sumido en las tinieblas y el silencio: sólo algunas familias mantienen encendida ante la tienda una pequeña lucecilla que sirve de guía y aviso al viandante extraviado.

El traje, así de los hombres como de las mujeres, se reduce á una recia camisa de algodón, un manto y un jaique burdo. El manto ó capa, y el jaique, sólo los lavan tres ó cuatro veces al año, y esto aun con motivo de fiestas solemnes, y así se explica que sean casi siempre del mismo color de la piel de los que los usan, si no más negros. Algo más cuidan de la limpieza del cuerpo, puesto que sin haber hecho las abluciones que prescribe el Corán, no podrían rezar. Además las mujeres se lavan diariamente todo el cuerpo, para lo cual se colocan debajo del consabido trípode cubierto con el jaique; mas trabajando como trabajan, y durmiendo como duermen, siempre están sucias, aun cuando hagan uso del jabón, lo cual por otra parte no es muy común. Los ratos que les dejan libres sus quehaceres, y especialmente en los días festivos, emplean el tiempo jugando á los naipes, y en cuanto á los hombres, cuando no juegan, constituye una de sus más agradables diversiones el tenderse al suelo, haciendo saltar á sus pequeñuelos, respecto de los cuales va entibiándose su cariño al paso que crecen en edad, pagándoles los hijos en la propia moneda. Muchos de esos hijos del aduar llegan á los doce y á los catorce años sin haber visto una casa, de manera que, según dicen los moros y los europeos de las ciudades que los toman á su servicio, es verdaderamente espectáculo curioso la extrañeza que les causa la vista de un aposento, cuyas paredes tocan, cuyo pavimento pisan con cierta desconfianza, constituyendo además para ellos

una agradable emoción el asomarse á las ventanas y el subir y bajar las escaleras.

Los casamientos constituyen el acontecimiento más extraordinario de esas aldeas movibles. Los parientes y los amigos de la esposa con gran estrépito de gritos y descargas la acompañan, montada sobre un camello, al aduar del esposo, envuelta en un manto blanco ó azul, perfumada de pies á cabeza, con las uñas teñidas de encarnado, y las cejas de negro que confeccionan con azúcar quemado, y las más de ellas, sahumadas para dicha circunstancia por medio del jugo de una hierba llamada *ebba*, de la cual hacen las muchachas gran consumo. El aduar del esposo, por su parte, invita á la fiesta á los habitantes de los aduares circunvecinos, de los cuales suelen acudir ciento ó doscientos hombres montados y provistos de su inseparable espingarda. La esposa se apea delante de la tienda del que ha de ser su marido, siéntase en una silla adornada de cintas y flores y desde ella presencia la fiesta. En tanto que los hombres se entregan á la diversión de *correr la pólvora*, las mujeres y las muchachas, colocadas en círculo delante de ella, danzan al son de un tambor y de un pífono, en torno de un jaique extendido sobre el suelo, sobre el cual cada uno de los convidados echa al pasar una moneda que sirve para los novios, y un pregonero anuncia en alta voz la ofrenda, deseando al donador toda suerte de felicidades. Al caer el día se pone término al baile, las espingardas enmudecen, todos se sientan en el suelo y en una cena que se prolonga hasta media noche, se da cuenta de enormes platos de alcuzcuz, pollos y carneros asados, té, confituras y frutas. Al otro día la esposa, vestida de blanco, con una cinta roja en derredor de la cara, terminada en una escarapela que le cubre la boca, y con el capu-

chón echado encima de la cabeza, acompañada de los parientes y los amigos más próximos, recorre los aduares vecinos en los cuales recoge nuevos regalos en dinero. Después de lo cual el marido vuelve á sus habituales ocupaciones, la mujer se entrega á los quehaceres domésticos, y el amor se disipa como humo.

Cuando muere uno de ellos, se repiten las danzas; el pariente más allegado hace el panegírico del difunto; los demás, agrupados en derredor, danzan con gesto y ademán melancólico, se cubren de lodo en señal de luto, se arañan el rostro y se mesan el cabello: después lavan el cadáver, le envuelven en un pedazo de lienzo nuevo, condúcenlo al cementerio sobre unas angarillas, y lo entierran echado sobre el lado derecho, con la cara vuelta hacia Oriente.

Tales son los usos y costumbres públicos, si así puede decirse, de esas gentes; mas en cuanto á los privados ¿quién es capaz de describirlos? ¿Quién puede seguir los hilos de que está tejida la vida del aduar? ¿Quién sabe la manera cómo se expresa el primer amor; cómo se enredan las habladurías y chismes de vecindad; las extrañas formas é imprevistos accidentes que como resultado definitivo producen el adulterio, los celos, la envidia; qué virtudes brillan; qué sacrificios se llevan á cabo; qué abominables pasiones germinan en el corazón de aquellas gentes, y se ocultan detrás de aquellas livianas paredes? ¿Quién puede trazar ni señalar tan sólo el origen de sus fabulosas supersticiones? ¿Quién esclarecer aquella bizarra mezcolanza de tradiciones paganas y cristianas; la cruz trazada sobre la piel; la vaga creencia de los sátiros cuyas huellas distinguen perfectamente en ciertas señales impresas sobre el suelo; el muñeco paseado en triunfo al nacer el grano sembrado; el nombre de María invocado

por las mujeres que están de parto; las danzas circulares que traen involuntariamente á la memoria los usos religiosos de los pueblos que adoran el sol?

Unicamente hay una cosa cierta y manifiesta: la miseria. Viven del menguado producto de la tierra mal cultivada, oprimidos además por impuestos gravísimos é imprevistos, que recauda el jeque ó cabeza del aduar, elegido por los habitantes, bajo la inmediata dependencia del gobernador de la provincia. Pagan al gobierno en dinero ó en especie el diezmo de cuanto cosechan, y además una peseta y media por cada cabeza de ganado: satisfacen al año cien pesetas por cada porción de terreno correspondiente á la labor de un par de bueyes (yugada): en las principales festividades envían al Sultán un presente, que equivale á una contribución de cinco pesetas por vecino; entregan dinero ó proporcionan víveres, á juicio de los gobernadores, cuando tiene efecto el paso del Sultán, de un bajá, de una embajada, ó de un cuerpo de ejército, y por fin y postre todo aquel que tiene dinero se halla expuesto á las vejaciones del gobierno, que no de un modo velado, ni pretextando siquiera un motivo atendible, sino descaradamente, les despoja violentamente de cuanto tienen. Y tanto es así, que el gozar fama de acomodado constituye una verdadera desventura. El que ha logrado reunir un capitalillo lo oculta, gasta á escondidas, y finge miseria y hambre. No hay quién acepte una moneda ennegrecida en pago de los artículos que vende, aun cuando esté convencido de que es de ley, temeroso de que pueda presumirse que forma parte del tesoro que tiene escondido. Cuando muere una persona acomodada, los parientes, para evitarse las extorsiones á que el acontecimiento podría dar lugar, ofrecen un regalo al gobernador, haciendo otro tanto para alcanzar jus-

ticia, para evitar la persecución de la misma, y para no verse reducidos á la durísima condición de perecer de hambre. Víctimas de tan terrible yugo, cuando la necesidad les acosa y les ciega la desesperación, levantan las tiendas, empuñan las armas y lanzan el grito de rebelión, en cuyo caso el Sultán suelta tres mil furias á caballo, con encargo de sembrar la muerte y el exterminio en el país rebelde, y los emisarios, cumpliendo las órdenes recibidas, cortan cabezas, arrebatan ganados, se apoderan de las mujeres, incendian los campos y convierten en un desierto cubierto de sangre y de ceniza la tierra cultivada, después de lo cual corren á anunciar á la majestad que está vencida la sublevación. Si por acaso ésta se prolonga y son inútiles los esfuerzos realizados por el gobierno para vencer á los insurrectos, ¿de qué les sirven los triunfos obtenidos, si no es para gozar algunos días la libertad de luchar, que pagan al fin con miles de existencias? Suponiendo que venzan al fin ¿qué es lo que puede acontecer? ¿Que elijan un nuevo Sultán, después de haber provocado una guerra dinástica entre las provincias, obteniendo como resultado un despotismo más atroz? Pues esto es ni más ni menos lo que viene sucediendo hace diez siglos.



El gobernador Abd-Alá